

¿Cuál Tierra es mi Tierra? Construcción de identidades en tiempos de Globalización.

*Francisco Crespo**

“Muere de conocerse, vive de buscarse”
(traducción de una tragedia francesa)

“El mundo tiene prisa, y se acerca a su fin”
(Wulfstan, Obispo de York, año 1014)

Un nuevo fantasma recorre al mundo, el fantasma de la Globalización, un monstruo del que dicen amenaza con uniformar al planeta, un monstruo enemigo jurado de los particularismos, incapaz de intercambiar y eficaz para imponer, en fin un monstruo muy de estos tiempos que destila su veneno en la velocísima mordida de los medios de comunicación, en la azufrosa Industria Cultural. Pero, el ulular de sus huestes viene dejando más huellas que muertos desde los principios de la cultura. Recuerdo la no tan vieja película de Jean Jacques Arnaud, **La Guerra del Fuego**: una comunidad de antropoides organiza su estructura social en torno al fuego y a la protección de las brazas que lo mantienen. En una pelea con otra comunidad se pierde el fuego y se genera el caos. Tres miembros salen entonces en busca de fuego y en su odisea (ya vemos que no es Ulises el primero que emprende ese viaje), se topan con otra comunidad culturalmente más compleja, más rica, más avanzada; tres elementos entre varios otros dan muestra de ello: primero, saben reír, tienen sentido del humor, de la burla, de la chanza, segundo, fornican de manera diferente a los animales, es decir, lo hacen cara a cara el macho y la hembra, por último, el más importante de todos, saben hacer fuego.

* Profesor del Núcleo Universitario Rafael Rangel de la Universidad de Los Andes. correo-e: pan666@cantv.net

Al igual que Ulises cuando tuvo la dicha de escuchar a las sirenas, estos tres cavernícolas literalmente enloquecieron al descubrir (o aprender) que la magia y los dioses eran controlables por los hombres. Regresaron a su comunidad, como Colón y como Ulises (*ricos con cuanto aprendieron en el camino*, diría Kavafis), y la estructura social y cultural de ésta cambió para siempre.

En el siglo VI a.C. los fenicios cartagineses desplazaron a los griegos de las costas mediterráneas de Iberia. En el siglo II a.C. los romanos desplazaron a los cartagineses haciendo por ello que hoy seamos latinos y no semitas. En los siguientes dos siglos los romanos conquistaron a las sociedades indígenas de Iberia, colonizaron y crearon las provincias de Hispania a las cuales latinizan para siempre; primero unificarán la península itálica, luego el Mediterráneo, imponiendo a muy diversas tribus una lengua, un derecho, una cosmogonía y una moneda. Años después vendrán los judíos y aportarán lo que será la religión madre del cristianismo.

Por su parte, en la América prehispánica, dos grandes imperios, oprobiosos en muchas de sus manifestaciones, el de los Aztecas por una parte y el de los Incas por otra, impusieron su gobierno y su cultura, borrando en algunos casos, asimilando en otros, infinidad de pequeñas culturas en un espacio geográfico asombrosamente extenso para la época y para la capacidad de movilización de la que disponían.

Los imperios han sido siempre los que han impuesto (o motivado) la cultura. Griegos y Romanos por una parte, ampliando el “mundo conocido”, Aztecas e Incas por otra, ampliando el “mundo desconocido”. Después el imperio cristiano (en su forma de estado trasnacional) y su cosmovisión, anatemizando las maravillas de los imperios anteriores (desde aquella orden que podríamos llamar luzciferina: “con este símbolo gobernarás”), y en aguerridísima (por usar un eufemismo) lucha contra los Califatos musulmanes, que hicieron de los muy católicos desiertos españoles, verdaderos oasis de verdor, fluir de aguas, disfrutar de cuerpos y convivir de creencias, en sus casi ochocientos años de dominio transculturizador, que aún hoy tiene infinidad de manifestaciones allá en la Iberia y también acá en nuestra América. Por su parte, el imperio que promovía el amor entre los hombres, en gran medida avaló y propició el saqueo de América y se dio la mano con otro imperio, el del Capitalismo, más abarcante, más férreo, más “objetivo”, que vino a imponer la madre de todos los iconos culturales: el dinero, o el mercado, o el consumo, que no son lo mismo pero son iguales. Con el tiempo

(y repitiendo palabras de salvación que otros ya antes habían usado), otro imperio pretendió suplantar al maligno capitalismo: El imperio de los socialismos reales. Entonces en la más caribeña de todas las islas (pero también muy africana, y muy china, y muy española) que en ese mar hay, Cuba, se empezó a beber Vodka, como si fueran cosacos (eso sí, con los agregados locales del hielo y el limón), y su boxeo se hizo el más contundente de estas tierras, gracias a la técnica rusa combinada con la picardía que han dado en llamar “caribe”, y en respuesta, “intercambio de agradecimiento” hemos de llamarlo, las calles de Moscú se vieron invadidas por el mojito cubano, los enormes y muy contaminantes habanos y la cadencia sexo religiosa (mezcla más común de lo que se cree) de los tambores.

Y los tambores retumban, mueven el cuerpo y remueven las creencias, vienen del África pero son del Caribe. Del Caribe son, en el Caribe suenan y son, ser y sonar en un Son es la misma cosa. Son suena a ser, nosotros somos, ellos son, serán, seremos; somos ese verbo que suena, sonamos en y como lo que somos, somos como sonamos. Nuestro ser tiene la impronta melódica que mueve, el balanceo sensual del Son que somos, porque el Son lleva al baile, y el baile del Son es el baile de la pareja, es decir, dos enfrentados y compaginados, dialogantes, compenetrados, entendiéndose, dándose, enriqueciéndose. El baile del Son no contempla la individualidad, son dos que por el otro llegan a ser uno. El Son no se baila solo, siempre e indiscutiblemente son dos en diálogo y síntesis.

Una mirada simple nos dice que el Son es cubano, como si el sentimiento tuviera territorialidad, o marca de propiedad nacional. Un cubano expatriado, Virgilio Martí¹ escribió, y todos lo sentimos como absolutamente propio: *Todos vuelven a la tierra en que nacieron, al embrujo incomparable de su son, todos vuelven al rincón en que vivieron, donde acaso floreció más de un amor. Y acá decimos: Soy hermano de la espuma, de la garza y de las rosas... y del sol;* cantamos con el pecho henchido, pero ¿de dónde soy en realidad?, ¿dónde están juntas esas cuatro riquezas?, ¿dónde el rincón en el que florece ese amor?, aquí y allá, ¿soy de aquí y de allá?, de esta tierra y de aquella tierra. Pero, lo que es un hecho indiscutible es que el sentimiento que define al Son y sin el cual el Son no es, está en un espacio que a Dios gracia no cree en espacios porque es producto de muchos de ellos. El espacio del Son es el mismo del Blues, del Jazz, del Cante,

¹Compositor, cantante y percusionista nacido en la Habana; en la década del cuarenta se marchó a New York. La estrofa referida es de su famosísimo guaguancó *Todos Vuelven*.

del Tango, del Bolero, del Bossa Nova, es el espacio del sentir, es un espacio sin lugar preciso porque los códigos que lo definen provienen de diferentes latitudes. Y el espacio del sentir no es otro que el espacio de la cultura, puesto que ésta “consiste primordialmente en un proceso de realización que se manifiesta en la acumulación histórica de las experiencias y las expectativas vigentes en el seno de la colectividad humana”(Chacón; 1998:84)

Lo particular y lo universal afectándose en el tiempo y el espacio, entremezclándose y recomponiéndose. A medida que transcurre el tiempo se hacemos presente la dificultad teórica de identificar estos conceptos, con mayor razón en el actual pluralismo heterogéneo que define a las sociedades hoy día. Si a esto le sumamos la presencia cada vez mayor de realidades socio-económicas definibles como fragmentadas e híbridas, se hace evidente el desafío y hasta la impertinencia de las tradicionales definiciones sobre identidad.

En consecuencia nos toca, es imperioso, redefinir los conceptos de universal, particular, tiempo y espacio, de lo contrario estamos a un paso de hacer interpretaciones esquizofrénicas de la realidad. Lo que impulsa y justifica esta redefinición que propongo (y que proponen muchos otros antes que yo) es la dimensión que ha cobrado en nuestros días el hecho comunicacional; su influencia en todos o casi todos los elementos de la vida es determinante, y particularmente ha generado “un ritmo más acelerado entre lo local y lo global”(Arenas; 1997:123). Este compartir tiende a complejizar grandemente “los modelos identitarios en virtud de que la gente quiere acentuar sus valores locales al mismo tiempo que compartir los estilos y valores globales”(Ibidem).

Como dijera Martín Hopenhayn (1998), ese tejido intercultural, me refiero a lo de “estas” tierras y lo de “aquellas” tierras, mezclado, “es al mismo tiempo, nuestra forma de ser modernos y de resistir a la modernidad”, situación que se manifiesta, por una parte en nuestra “apertura cultural al intercambio”, y por otra en nuestra “manera sincrética” de incorporar la modernidad, que haría de nuestra identidad una “identidad sincrética”, es decir, basada en la heterogeneidad, en la yuxtaposición, en la mezcla, en las impurezas, lo cual implica fragmentación y diversidad (donde las relaciones de pertenencia no son del todo sólidas); una manera de resistir a la carga homogeneizadora de la modernidad.

La omnipresencia de los medios masivos de comunicación no solamente evapora las fronteras obligándonos a revisualizar lo espacial en sus dos más claras manifestaciones, lo local y lo global, sino que además, si algo identifica hoy día a

los medios es la velocidad, característica de la modernidad contra la que muy poco o nada ha podido la postmodernidad. La velocidad es poder, a mayor velocidad mayor éxito, y en esta carrera también los límites se pierden, cada día son menos claras las marcas del pasado en el presente y el futuro está demasiado cerca, por lo que el tiempo es cada vez más tiempo presente, y si todo es tiempo presente, qué es lo que nos identifica: el hacer cotidiano. Todo esto nos lleva a coincidir plenamente con lo expresado por García Canclini respecto a que actualmente “la definición de identidad no debe ser únicamente socioespacial sino socio-comunicacional”(Aranas; 1997:127).

Individuo, territorio, sociedad, cultura e historia conforman una realidad compartida, por lo que el concepto de “sí mismo” no es una entidad metafísica, sino una realidad antropológica y sociológica concreta y múltiple, es decir, una realidad intersubjetiva. La identidad (individual o colectiva) es producto del intercambio simbólico, no es un ente abstracto, ni un código genético inmutable y perenne, es una hechura, una construcción humana producida por el(los) hombre(s) en relación(es). Qué intercambian los humanos, cuáles son los elementos del diálogo que les permite el conocerse a sí mismos, el saberse parte de un entorno, pertenecientes a algo: Los símbolos. Y los símbolos son un caso especial de objetivación, por cuanto en ellos hay una intención explícita de servir como indicio de significados subjetivos (Berger y Luckman;1993). En consecuencia podríamos afirmar que no existe objetividad al margen de interpretaciones (escogencias, preferencias, decisiones) subjetivas. Además, si partimos de una idea considerablemente generalizada que plantea que “en la práctica todos nosotros somos seres multidimensionales”, entonces la “identidad” no es más que el dar prioridad, de una manera un tanto aleatoria, a una identificación sobre todas las demás; es decir, con la mayor simpleza del mundo, nuestra identidad está en las cosas que nos hacen sentir bien.

Desde esta perspectiva del diálogo, la identidad se convierte en el resultado de una negociación entre las partes, con lo cual nos es permitido suponer un continuo proceso de construcción y reconstrucción. Existe el concepto de “construcción social” o “construcción cultural” que implica que la tradición “es una representación selectiva del pasado, elaborada en el presente, respondiendo a prioridades y propósitos contemporáneos y políticamente instrumentales”(Mato; 1995:24). Esto significa que las tradiciones, la cultura misma y la identidad son representaciones simbólicas socialmente construidas, y

no un legado pasivamente heredado, han sido el resultado de una actividad permanente y relativamente inconsciente de toda sociedad. A esto habría que agregar la peculiaridad del momento histórico presente en el cual, todo aquello que se consideraba como fuentes tradicionales de identidad han ido desapareciendo, y que las nuevas se caracterizan, precisamente, por la ausencia de puntos fijos de referencia. Esta ausencia de puntos fijos, que en América Latina es particularmente sentida por la realidad movediza que significa el mestizaje, hace que “nuestra” identidad no esté construida sobre la base de exclusiones, sino de incorporaciones.

La Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales en América Latina y el Caribe organizada por la UNESCO en 1978, en Bogotá, estableció que “la identidad brota del pasado de los pueblos y se proyecta en su porvenir”. Un año antes (1977), Fernando Aínsa en su lúcido texto **Los Buscadores de la Utopía** (Monte Avila Editores;1977) , estudio sobre la novelística hispanoamericana, plantea que el eje del que parte dicha escritura (el imaginario) es la búsqueda de una identidad que se expresa en la tensión entre la expresión del “ser” y la del “deber ser”, es decir, entre la identidad cultural tradicionalmente entendida, que mira a un pasado en el que se hallan las raíces, y la utopía que busca en el devenir y el futuro la realización. En consecuencia, bien podemos decir que la identidad, y la cultura en sentido más amplio, está sujeta a mutaciones y replanteos. Se trata simple y llanamente de la sempiterna mirada al pasado para encontrar elementos que ayuden a desentrañar el presente, e ir construyendo el devenir en un hoy entrelazado con el mañana. De este encuentro organizado por la UNESCO, surgieron algunas conclusiones entre las que me interesa destacar la siguiente: “Todas las culturas forman parte del patrimonio común de la humanidad. La identidad cultural de un pueblo se renueva y enriquece en contacto con las tradiciones y valores de los demás. La cultura es diálogo, intercambio de ideas y experiencias, apreciación de otros valores y tradiciones; se agota y muere en el aislamiento”(Recondo; 1997:134-135).

Cierta beatería ideologizante ha hecho del uso común una dicotomía entre lo rural y lo urbano que por maniquea es completamente falaz e impertinente. En una parte se coloca a lo rural, fuente de los elementos más puros, auténticos y salvadores del pueblo, básicamente el *folclor* que es por antonomasia lo bueno; en la acera del frente y representando lo radicalmente opuesto está la ciudad, lugar de la perversidad modernizadora, donde el imperialismo cultural se regocija

en lo artificioso para alienar así a las masas e implantar sus garras espoliadoras. Es decir, las acciones del pueblo rural son buenas porque cónsonas con el estado estacionario del campo, de la naturaleza, no generan cambios, todo permanece limpio, inalterable, seguro, rígido. Por su parte, las acciones del pueblo urbano son, cuando no perversas, sospechosas, aparentemente cambian con demasiada facilidad. En lo rural la cultura del pueblo proviene paradójicamente de la naturaleza (perdonen tal dislate conceptual), y en ella nada malo puede haber. En la ciudad la cultura no es de nadie porque siempre proviene de afuera, los ciudadanos somos títeres movidos por los hilos globales. Este mismo procedimiento maniqueo es el que se utiliza para definir (contrastar) lo nacional enfrentado a lo global.

Las manifestaciones de cultura popular-tradicional ciertamente han encontrado su estímulo formador en el medio rural, pero nuestros países actualmente están conformados por una población mayoritariamente urbana (alrededor de un 70% en el caso de América Latina), por lo que el carácter cerrado, estable y hasta arcaico de lo tradicional se ve seriamente intervenido e interferido por los procesos modernizadores de la vida urbana. “Las tradiciones se reinstalan aún más allá de las ciudades: en un sistema interurbano e internacional de circulación cultural”(Gracia Canclini; 1990: 203). Los centros urbanos son hoy día escenarios multideterminados, donde diversos sistemas simbólicos se interceptan e interpenetran. En estos tiempos de globalización la interconexión producida por los medios de comunicación masiva, ha hecho que desaparezca el tradicional concepto de fronteras; el repertorio cultural de la gente ya no está definido por el lugar, la tradición o el contacto cultural inmediato, real. Lo que en la actualidad define el repertorio cultural es, como lo han llamado algunos, la “desterritorialización”.

La Globalización propicia una intertextualidad de formas, tiempos y espacios. La tarea de toda cultura hoy día, resulta un intento permanente de “reorganizar identidades nuevas con desechos y reliquias”(Recondo; 1997: 123-124). Si algún provecho ha traído la Globalización, es que nos ha hecho más conscientes de nuestras diferencias; precisamente el debate sobre lo común no hace sino poner de relieve las múltiples dimensiones sobre las diversidades, de ahí que sea especialmente valioso si pudiéramos mirar nuestras potencialidades, y dándoles su justo valor, ponerlas a dialogar (o a fornicar) con las que de otras culturas nos vienen. Permítanme enumerar algunos pocos ejemplos resultantes del diálogo con la perversidad globalizadora.

1).- Hasta bien entrado el siglo XX la música negra brasileña estaba reducida espacialmente al medio rural, situación que defendían de manera radical populistas e ilustrados, antropólogos y artistas, bajo la excusa de conservar su esencia, su verdad, su autenticidad, librándola así de la contaminación extranjerizante propia de los medios urbanos, donde la mezcla hace que se pierda toda identidad. Los traidores que “le abrieron la puerta a la música negra en las ciudades de Brasil” (Barbero, M; s/f). Fueron por una parte el grupo modernista conocido como **antropófagos** (considerados en aquel entonces una vanguardia extranjerizante) y la muy perversa industria cultural de la radio y el disco. Gracias a tamaña violación, hoy en día la música brasileña es quizá (junto con el Carnaval y el Fútbol, que también fueron importados en el primer tercio del siglo pasado) el elemento cultural más identificativo de esa nación; por una parte como elemento cohesionador a lo interno de la misma, por otra como bandera de presentación (estimada y respetada) en el mundo entero, lo cual además le significa al fisco brasileño una importantísima entrada de divisas.

2).- Ibraín el Mosuli (743-806), músico árabe, fue admirado por los califas de su época debido a sus innovaciones, tanto en el canto como en el desarrollo del laúd de cuatro cuerdas, instrumento padre de la guitarra de cuatro órdenes, es decir, del cuatro venezolano (Salazar, R; 1989).

3).- Mulatu Astatke, músico etíope que trabaja la música tradicional etíope, graba en 1979 un disco llamado **Dewol**, basado en melodías litúrgicas de su país, y donde su principal preocupación es encontrar un tumbador cubano. Dice Astatke: “cuando toco los tambores etíopes lo hago con la técnica del tumbador cubano”. (Estrada; 1987).

4).- Las raíces de la música árabe están adosadas a las culturas de antiguos pueblos orientales, principalmente de Persia y el norte de la India, lugares donde existía una estrecha relación entre la música religiosa, la académica y la popular (Salazar; Ob cit: 1989) ¿Qué tanto habrá de Persia y de la India en las expresiones musicales latinoamericanas?

5).- *Si el mar que por el mundo se derrama / tuviera tanto amor como agua fría / se llamaría por amor María / y no tan solo mar como se llama*. Esta es parte de la bellísima letra de una Malagueña, canto asociado a las más tradicionales expresiones populares del oriente venezolano. Pero la Malagueña es “una forma típica del canto popular andaluz, así como también de la danza de aquella región española” (Fundación Bigott, 1998). La Malagueña es una de las modalidades

del Fandango, que según algunos investigadores se origina en Cuba o Santo Domingo, aunque sus raíces iniciales se ubican en Guinea Occidental, región sudanesa del África, determinante en la formación cultural de algunos pueblos afrocaribeños. Entonces del África llega “enguacalada” al Caribe, en donde se hace propia; de ahí se va a España en donde también se hace propia, y en algún momento regresa a la América, con cosas de aquí y de allá y con el pentagrama abierto a más incorporaciones, convirtiéndose así en nuestra Malagueña, en la Zamacueca peruana (que en Bolivia y Chile se llama Cueca), el Jarabe mexicano, el Samba brasileiro, y también en nuestro Joropo que, gracias a los ires y venires y las mil incorporaciones (es decir, gracias a tantas impurezas) hoy llega a treinta y seis variantes. Cabe agregar que el Fandango, el Blues, El Jazz, el Tango, el Mambo, el Son, el Rock, la Samba, todas ellas por igual fueron expresiones rechazadas o abiertamente prohibidas por inmorales, por ser consideradas impuras, entremezcladas, eróticas y en algunos casos pervertidamente extranjerizantes.

6).- En *Caracas Vieja*, la conocida composición del dominicano (pero especialmente caraqueño) Billo Frómeta, el maestro recreó un fragmento de la *Patética* o *Sexta Sinfonía* de Tchaikovski; y en *El muerto de Las Gradillas*, composición que por varias razones es una fiel muestra de la identidad del caraqueño de aquel entonces, utiliza un fragmento del poema sinfónico de Saint-Saëns, *La Danza Macabra*. Que yo sepa Charles Camille Saint-Saëns nunca estuvo en Caracas, aunque quizá es muy probable que en alguno de sus muchos viajes a los carnavales de Canarias (donde decían que el maestro Billo era gallego de pura sepa), nuestro músico haya visitado París, donde quizá dijo –bien vale una danza macabra el muertos de Las Gradillas-.

7).- Ray Cooder, guitarrista de pervertidoras expresiones como lo son el Rock y Blues, y para más manchas estimadísimo músico de sesión de *Sus Majestades Satánicas* (expresión con la que se le conoce a los integrantes del grupo de Rock inglés The Rolling Stones), viajó a Cuba y se empeñó en buscar y juntar a viejas leyendas de la música popular cubana, irónicamente marginados por la Revolución. De esa experiencia se editó un disco, **Buena Vista Social Club** (1997) que en su primer año vendió tan sólo en los Estados Unidos 250 mil copias, y más de un millón en todo el mundo. El resultado de esta incursión yanqui: cinco discos más, el conocimiento y respeto en el mundo entero de este otro tipo de música cubana, y una importante cantidad de dólares ingresando al fisco cubano, que supongo no le hacen mucho daño a la revolución.

8).- La Era de Acuario, el hippismo, el New Age, manifestaciones todas ellas de la alineación cultural imperialista, atrajeron la atención de los jóvenes del mundo entero por las “otras” culturas, especialmente las orientales, y por extensión las del tercer mundo. Desde los aires del incienso indio, hasta las meditaciones zen, pasando por el “peyot” de los Taramara mexicanos.

9).- La Oficina del Censo de los Estados Unidos elaboró un informe en el cual se señala que para el año 2020 la población de latinos en ese país alcanzará cifras superiores a los 70 millones de habitantes, por lo que uno de cada cuatro estadounidenses será de ascendencia hispana. Actualmente en ese país hay por lo menos dos canales de televisión y 275 estaciones de radio que transmiten exclusivamente en español las 24 horas del día. Además esta realidad está propiciando la creación de un nuevo idioma, el spanglish (Ilan Stavans;1999).

10).- Los españoles trajeron a estas tierras el jamón, sin el cual no existiría nuestro pan de jamón, identificativo de nuestra culinaria puesto que es único en el mundo. Y trajeron aceitunas y pasas, sin las cuales nuestras hallacas no sabrían igual, y tampoco sabría igual la Navidad, que también la trajeron ellos. Así como ya tampoco suena igual la gaita (que los imperialistas zulianos impusieron al resto del país), desde que Guaco le introdujo elementos perversos y modernizantes, pero que gracias a tal violación crearon una propuesta musical que hoy en día es referencia para músicos de todo el mundo, muchos de los cuales preguntan al escuchar lo que bien se conoce como ritmo guaco: ¿y eso qué es?, ritmo guaco les responden; y ellos preguntan, ¿y eso de dónde viene?, de Venezuela les responden; y ellos vuelven a preguntar, ¿y Venezuela qué cosa es?.

Todos estos ejemplos azarosamente escogidos y como entresacados con pinzas, pero absolutamente reales, sólo pretenden servir como muestra de la riqueza que ha significado el saber integrar lo múltiple y/o foráneo a lo local, y además mostrar también la necesidad de hacer un poco más lapso el concepto de lo propio, que sirve como base para definir la identidad. Vale preguntarnos: ¿Nuestra identidad de dónde viene?, y aventuramos una respuesta: Viene de todo lo que nos han enseñado que es nuestro, y mucho, mucho de lo nuestro se ha formado con elementos venidos de otras culturas; entonces, ¿cuál tierra es realmente mi tierra?.

Ya lo señalé anteriormente, todo imperio, económico o cultural propugna por imponer sus códigos, y las culturas se han forjado a lo largo de la historia en gran medida empujadas por esa lucha. Me atrevería a decir que la Globalización es un fenómeno crónico en la historia de la humanidad, que parece ser más evidente

y abarcante hoy en día gracias a la inevitable (y por momentos aplastante) presencia de la tecnología y los medios de comunicación, pero satanizando la Globalización no es la manera como podemos enfrentarla, a la Globalización hay que decirle: ven para acá para que veas que aquí también hay, y hacer como el jibarito de la canción, ir locos *de contento con nuestro cargamento para la ciudad*.

Referencias Bibliográficas

Arenas, Nelly. 1997. "Globalización e Identidad Latinoamericana", en: **Nueva Sociedad**, No 147, Caracas, Enero – Febrero 1997.

Berger, Peter y Thomas Luckmann. 1993. **La construcción social de la realidad**. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Chacón, Alfredo. 1998. *De algunas palabras terminadas en AD*, en: **Venezuela: Tradición en la Modernidad**, Primer Simposio sobre Cultura Popular. Caracas: Universidad Simón Bolívar / Fundación Bigott.

Estrada, Isidro. 1987. *Sonido latino en el Jazz Etíope*. en: **El Nacional**, Caracas 28/7/87.

Fundación BIGOTT. 1998. **Enciclopedia de la Música en Venezuela**, Caracas.

García Canclini, Néstor. 1990. **Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la Modernidad**. México: Edit. Grijalbo.

Hopenhayn, Martín. 1998. *Tribu y metrópoli en la postmodernidad latinoamericana*, en: **Enfoques sobre posmodernidad en América Latina**, Roberto Follari y Rigoberto Lanz (comp.). Caracas: Fondo Editorial Sentido.

Mato, Daniel. 1995 **Crítica de la Modernidad, Globalización y Construcción de Identidades**. Caracas: U.C.V.

Recondo, Gregorio. 1997. **Identidad, Integración y Creación Cultural en América Latina. El desafío del MERCOSUR**. Argentina: UNESCO / Editorial de Belgrano.

Salazar, Rafael. 1998. *Instrumentos Tradicionales de Venezuela y sus Raíces en las Culturas Semíticas*, en: **Revista Musical de Venezuela**, No 27, Caracas: Fundación Vicente Emilio Sojo, Enero-Abril 1989.

Stavans, Ilan. 1999. *Los sonidos del spanglish*. **El Nacional**, Papel Literario, Caracas 24 de Octubre de 1999.

¹¹Expresión con la que se le conoce a los integrantes del grupo de Rock inglés The Rollig Stones.

¹²Crf. Ilan Stavans (1999)